

“A Free Man’s Worship” ,1902 (El culto del hombre libre) El problema de la existencia humana en su relación con el destino y los ideales éticos.¹

ISABEL SANCHO GARCÍA

Abstract. “The Free Man’s Worship” is one of the two essential articles that precede the philosophical writings by Russell, or his philosophy.

Written in difficult moments of his life, its content aims to find a new way of living, a new ethics, that may confront pain death, the past, and the irrational forces of the universe. Russell establishes this way of living, accepting –as a limit of his thinking– the world view that science presents at that moment; and, considering the “document” that cruel and tragic Western history has left there, product of the kind of slave-man that has given the moral and metaphysics of Christianity and philosophical idealism, making them non-viable. In short, the question is that man should reach freedom of aspirations and thinking that escape from the blind advance of the universe; and confront death with the results of a “creative idealism”, indestructible to it. The way to attain it has its beginning in the experience of the beauty of the tragedy of human life; and it is crossed renouncing to personal desires (freedom), and the practice of the possible good and human creation (wisdom), a support in friendship and the assimilation of the good (which is eternal) of the past.

Key words: freedom, wisdom beauty, renouncing.

Resumen: “El culto del hombre libre” es uno de los dos artículos esenciales que preceden a los escritos filosóficos de Russell, o a su filosofía.

Escrito en momentos difíciles de su vida personal, su contenido pretende encontrar un nuevo modo de vivir, una nueva ética, que enfrente el dolor, la muerte, el tiempo pasado y las fuerzas irracionales del Universo. Esta forma de vivir la plantea Russell aceptando –como límite de su pensamiento– la cosmovisión que, en esos momentos, presenta la ciencia y considerando el “documento” que ha dejado ahí la cruel y trágica historia occidental, fruto del tipo de hombre esclavo que ha dado de sí la moral y metafísica del cristianismo y del idealismo filosófico, que las hacen inviables. Se trata, en suma, de que el hombre alcance la libertad de aspiración y pensamiento que escapen a la marcha ciega del Universo y de que oponga a la muerte los frutos de un “idealismo creativo”, indestructibles para ella. El camino para conseguirlo comienza con la experiencia de la belleza de la tragedia de la vida humana; y se recorre con la renuncia a los deseos personales (libertad) y con el ejercicio del bien posible y la creación humana (sabiduría), un apoyo en la amistad y la asimilación de lo bueno (que es eterno) del pasado.

Palabras clave: libertad, sabiduría, belleza, renuncia

En 1901 Russell ronda la treintena. Estaba casado con Alys Pearsall Smith² –el amor de su juventud, a la que siempre agradeció haber hecho posibles unas condiciones de vida familiar que le

* Dirección: Plaza de Badajoz, 5, pta. 9. 46015 VALENCIA.

1 “El Culto del hombre libre” (A Free Man’s Worship), traducido también como “La Religión del hombre libre”, es un artículo de Russell escrito en 1902, aparecido en la *Independent Review*, en 1903.

2 Alys fue la primera mujer de las cuatro con las que se casó. Era cuáquera y norteamericana. Russell recogió en su *Autobiografía 1872-1914* (Madrid, 1968, Ed. Aguilar) que el período en el que vivieron juntos de recién casados, fue intelectualmente el más fructífero de su vida, y que, por ello, guardaba una deuda de gratitud con ella Cfr. p.198.

permitieron trabajar con pleno rendimiento. Pertenecía, como de todos es sabido, a una aristocrática familia inglesa *Wight* de probada tradición liberal relacionada directamente con los círculos del poder político, y contaba con la más que respetable renta de 20000 libras esterlinas, procedente de los bienes de lord Amberley, su padre. Había publicado, por estas fechas, tres libros: uno de política, uno de matemáticas, y uno de filosofía, señalando así sus intereses intelectuales de una manera inequívoca: las matemáticas, la sociedad y la filosofía.

Aparentemente, sólo aparentemente, tenía en su haber una estabilidad afectiva y económica, y una posición social por nacimiento, después de superar la soledad de su infancia en Pembroke Lodge,³ las dificultades para casarse con una cuáquera americana,⁴ y el paso académico por Cambridge, cuyos resultados presagiaban una carrera política o académica propia de su rango. Por sus publicaciones y amistades, se perfilaba en ese momento como uno de los miembros prometedores de esa generación de Cambridge (Charles Trevylan, Maynard Keynes, Gilbert Murray, etc.) y de esa constelación de contemporáneos (W. Churchill, B. Shaw, H. G. Wells, D. H. Lawrence, J. Conrad, etc.) que iban a influir decisivamente en el siglo.

Pero la penetrante y perspicaz inteligencia de Berti, su indómita rebeldía, y los ideales que alimentara con una claridad, fuerza y seriedad tan poco comunes, lo situaron pronto fuera de la comodidad de los carriles marcados por la vida y sociedad a la que por nacimiento perteneciera. Sus decisiones posteriores harían el resto.

De su origen y educación aristocráticos conservaría “unas maneras quisquillosas”,⁵ una disciplina férrea,⁶ y una gran seguridad en sí mismo: “era aceptado que los Russell nacían para enseñar al mundo cómo debía moverse”.⁷ El mismo Russell —que había aprendido de su abuela y familia a defender causas impopulares—, tenía “la idea de que hay pocas virtudes más elevadas que el valor moral en una causa antipopular”.⁸ El joven Russell estuvo moldeado al estilo de ese sector tan admirable de la aristocracia inglesa en cuya tradición se encuentran figuras como la de lord Shaftesbury, cuyo lema (amor, conocimiento y servicio) repetiría Russell explícitamente.⁹

Así, pues, a estas alturas de la vida del joven lord, aún no había asomado su rostro la tragedia, al menos en su forma consciente y, en consecuencia, haciendo sentir el peso de su influencia en el destino personal; no había asomado, pero estaba a la vuelta de la esquina.

Con esa mezcla de sentimiento intenso con que vivía lo que le rodeaba, y una inteligencia en

3 Es el nombre de la casa de su abuela paterna (Russell), donde Bertrand pasó su infancia y juventud, ya que era huérfano de padre y madre desde los cuatro años.

4 En sus respectivas familias había dudas sobre este matrimonio. “El compromiso fue aceptado con reservas en Friday's Hill [residencia de la familia de Alys] por una familia que no estaba segura del papel que haría el honorable B. A. Russell como marido, y el escándalo producido en Pembroke Lodge”. (R. Clark: *Russell*, Barcelona, Salvat, 1985. p. 37.)

5 Expresión recogida por A. Wood.

6 “El régimen espartano de Pembroke Lodge ... comenzaba durante todo el año con un baño de agua fría y media hora de práctica de piano antes de las oraciones familiares de las ocho.” R. Clark, o. c. p. 40.

7 O. c. p. 40. Clark olvida que no sólo los Russell sino la clase dirigente del imperio inglés en ese momento sentía de manera análoga su posición en el mundo. Esta afirmación se muestra con el siguiente diálogo que sostuvieron Russell y Beatrice Webb. Preguntada ésta por Russell si en su adolescencia había sido tímida, ella contestó: “Oh, no... si alguna vez me inclinaba a la timidez cuando entraba en una estancia llena de gente, me decía para mis adentros: “Eres el miembro más inteligente de una de las familias más inteligentes en el seno de la clase más inteligente de la nación más inteligente del mundo. ¿Por qué has de asustarte entonces?...”. *Autobiografía I*, p. 115.

8 A. Wood, o. c. p. 29.

9 En *La Esencia de la Religión*.

grado sumo consciente para traducir el conocimiento interior de las emociones, Russell entró en el siglo en total sincronía con él. La novedad del tiempo que se inauguraba se traducía con exactitud en su vida y en su trabajo intelectual. Si el siglo acababa de doblar la esquina de su comienzo —corría el año 1902— Russell dejaba en él la calle de su primera juventud para adentrarse en la de su madurez; el rostro de la tragedia separaba la dos, y ésta no pudo menos que mostrarse. Si “conocer bien a la gente, como él dijera, es conocer su tragedia, porque es frecuentemente la base fundamental sobre la que están edificadas sus vidas”,¹⁰ conocer la de Russell es el primer paso obligado para adentrarse en su vida y en su obra.

Dos experiencias intensas y dolorosas la desencadenaron en el curso de 1902: descubrir que no amaba a Alys y presenciar la agonía de Evelyn Whitehead.¹¹ La primera lo dejó, de nuevo, dramáticamente solo; la segunda lo enfrentó con el problema de la muerte. Ambas lo devolvieron a su soledad radical, y de ahí a una objetivación del mundo y de la existencia. El escrito que dio cuenta de esa experiencia fue *A Free Man's Worship*.¹² El modo de profundizar y resolver “su” tragedia mediante un análisis exhaustivo y trasladarla desde la experiencia personal al pensamiento imparcial, llevaron a Russell a plantear el problema de la existencia en la forma que necesitaba el hombre occidental que había pisado ya el dintel del siglo XX. Si es cierto que, con *A Free Man's Worship*, Russell pretendió, según Blackwell,¹³ “formular una visión ética de combatir y remontar el dolor como la llave de la sabiduría para habérselas con la desdicha personal”, este escrito de desarrollo complejo y místico, cuya estructura es difícil de desentrañar seguramente por las condiciones emocionales bajo las que lo redactó, representa mucho más en la trayectoria de la filosofía de Russell, en la cual se puede tomar como punto de partida.

La tragedia personal suscitó en él las *definitivas preguntas* sobre la vida y su final, la muerte, y en *A free...* dejó muy claro que intentaba, por una parte, caracterizar la posición con que el hombre occidental —desde Grecia— se había sometido al destino. Y, por otra, deseaba mostrar la posibilidad de adoptar una nueva actitud ante la muerte, actitud que implica una vida práctica basada en otros valores (idealismo creador), y una solución muy diferente del problema religioso (que se acoge únicamente a la “esencia de la religión”, reducida para él a un sentimiento). En suma, pretende Russell arrancar al hombre de su *pasividad y sometimiento* frente a la fuerza del destino, fruto del miedo y de su consecuencia “la sed cruel de adoración”, y mostrarle el camino de una actitud *activa y creadora* cuyo resultado pudiese ser la victoria y no la esclavitud, en esa última e irracional partida contra el *fatum*.

Para ello era necesaria la reinterpretación de los tres grandes problemas que constituyen el destino humano: la interpretación del pasado, el cómo afrontar la muerte, y la aceptación de la marcha ciega y ajena al sentir del hombre, de las fuerzas de la Naturaleza.

10 *Autobiografía I*, p. 300.

11 Debido a un ataque al corazón. Russell recordaba ese momento: “Parecía aislada de todo el mundo y de todas las cosas por el muro de la agonía, y el sentido de soledad de cada alma humana me abrumó de repente, la soledad de cada alma humana es insoportable; nada puede penetrar en ella salvo la intensidad de esa clase de amor que predicaban los maestros religiosos”. (J. Lewis: *Bertrand Russell...*, p. 26.)

12 Cuya traducción al castellano responde al título *El culto del hombre libre*, y cuya óptima traducción sería *El culto propio del hombre libre*, según indicación que nos hizo A. Andreu, y que consideramos muy adecuada.

13 Kenneth Blackwell: *The Spinozistic Ethics of Bertrand Russell*, p.135. Otros estudiosos de Russell pasan de puntillas sobre este artículo, por ej. Herbert Gottschalk, en *Bertrand Russell: A Life*, que en p. 34. dice refiriéndose a “A Free...”, p. 34. “Él [Russell] no comprendía la trágica soledad y aislamiento en la que la mayoría de la gente consume sus vidas y deseó hacer en lo posible todo lo que pudiera para mejorarlas.

De la mano de un mito, mefistofélico de fondo, y al modo platónico del mito de la caverna¹⁴ —no sólo en la forma sino en la intención—, emprende Rusell la tarea de señalar la esclavitud en la que se ha encontrado y se encuentra el hombre histórico. La escena en la que se resume el mito describe una historieta mefistofélica protagonizada por un Dios cruel —“al que se le habían hecho pesadas las alabanzas sin fin de los coros de ángeles, y que encontraba más divertido recibir alabanzas inmerecidas y ser adorado por aquellos a quienes torturaba”—, que decide representar “el gran drama”. El drama consiste en exponer las actitudes con que el hombre occidental se ha enfrentado con su destino: el ideal estoico, el cristiano, y (aunque *in nuce* en este escrito), su epílogo: el idealismo filosófico. Al primero lo caracteriza como el de aquellos que afirmaron: “Hay un designio oculto [en el universo], si lo pudiéramos desentrañar... y es bueno”. Al Cristianismo y a su epílogo: “Y el hombre [decidió] que Dios tenía la intención de que del caos surgiera la armonía gracias a los esfuerzos humanos. Y cuando siguió los instintos que Dios le había transmitido de su ascendencia de animales de presa, lo llamó pecado y pidió a Dios que lo perdonara. Pero dudaba de que el perdón fuera justo, hasta que inventó un plan divino por el que podía aplacarse la ira de Dios. Y, al ver que el presente era malo, lo hizo aún peor, para que de esta forma el futuro pudiera ser mejor. Y dio gracias a Dios por la fuerza que le permitía renunciar incluso a las alegrías que estaban a su alcance”.¹⁵ El drama acaba cuando Dios envía por el cielo otro sol que choca con el sol del hombre, y todo vuelve a ser otra nebulosa: “Sí —murmura Dios—, fue una buena representación; la volveré a ver otra vez”.

Así que, en interpretación platónica, la situación del esclavo ruseliano a lo largo de la historia había sido la del hombre que, ante un mundo “loco...y monstruoso”, había renunciado a la lucha contra él, ateniéndose a una de esas dos actitudes o ideales fruto de su renuncia a la lucha. Las cadenas del esclavo —maniatado, bien que de manera distinta, al de la caverna platónica, a esta altura de la civilización— eran la “sed cruel de adoración” alimentada por esa renuncia, y esa supeditación a la religión de Moloch, “que es en esencia la servil sumisión del esclavo, que no osa, ni siquiera en su corazón, permitirse la idea de que su señor no merece adulación”.¹⁶

Russell sí que se permitió esa idea y en la continuación del escrito sienta las bases de lo que sería su metafísica o religión (la religión del hombre libre), y, lo que es lo mismo, su ética (o su ideal moral, al menos en su planteamiento), separadas de esa concepción cristiano-idealista que, de esa forma típicamente religiosa, sostenía “que, de alguna forma oculta el mundo de los hechos está en armonía con el mundo de los ideales”.¹⁷

El hombre de la representación es, en palabras de Russell, “un salvaje”, el hombre que ha dado de sí la historia, aquel que “siente la opresión de su impotencia frente a las fuerzas de la naturaleza; pero al no tener en su interior nada que respete más que el poder, se postra ante sus dioses, sin preguntarse si son dignos de su adoración”.¹⁸ Este tipo de hombre ha dado lugar a “una larga historia de crueldad y tortura, de degradación y sacrificio humano, soportados con la esperanza de aplacar los celos de los dioses”.¹⁹ Esta historia “es patética y muy terrible: seguramente, el creyente tembloroso piensa que, cuando ha dado lo más precioso gratuitamente, la sed de sangre se saciará y no le exigi-

14 Platón decía precisamente al comienzo del libro VII de *La República*: “Compara con la siguiente escena el estado en que, con respecto a la educación o a la falta de ella, se halla nuestra naturaleza” (Cito por la edición del antiguo Instituto de Estudios Políticos, tomo III, Madrid, 1969, p. 1).

15 “El Culto del Hombre Libre”, p. 10.

16 “El Culto del Hombre Libre”, p. 11.

17 “El Culto del Hombre Libre”, p. 10.

18 *Culto...*, p. 11

19 O. c. p. 11.

rán nada más".²⁰ La historia del hombre salvaje, concluye Russell, ha sido por esta actitud la historia de un hombre esclavo que sólo ha albergado en su corazón un culto: el culto al poder; la adoración al poder es el culto propio del hombre que no es libre.²¹

Russell da cuenta *hasta aquí* del estado de nuestra naturaleza en relación con lo que la educación, o la falta de ella –siguiendo la analogía platónica–, ha proporcionado en la historia pasada. Mas, a *partir de aquí*, cree que "el problema de la existencia" tiene que dar razón, *primero*, de una percepción distinta del universo y del mundo que descubría la ciencia, a la vez que del correspondiente sentimiento nuevo que despertaban en el hombre esos descubrimientos, a saber, que "el haber dotado a una minúscula porción del universo con el conocimiento y el amor al bien, y haber hecho de esa porción el juguete de vastas e irresistibles fuerzas irracionales [era] una broma cruel por parte de Dios o del destino".²² Y, en *segundo lugar*, Russell constata que los hechos y el ideal con que ha contado el hombre históricamente son cada vez más ajenos entre sí, y se encuentran, en la actualidad, peligrosamente separados.

El conocimiento y la sensibilidad del hombre del siglo XX se trasladaban en 1902, fecha de este escrito, a otras coordenadas, y Russell quiere situar en ellas "el problema de la existencia". Lo hace aceptando, como punto de partida, dos clases de hechos: aquellos que se derivan del "mundo que la ciencia propone a nuestra creencia",²³ es decir, contar única y exclusivamente con la imagen del mundo que la ciencia propone;²⁴ y los que se derivan de la historia que ha desarrollado el hombre-esclavo.

En este momento se están recibiendo y asimilando todos los cambios habidos en el panorama científico durante el periodo de 1800 a 1900 "que fueron enormes", cambios que se incrementaron y difundieron con una velocidad vertiginosa al apuntar la segunda mitad del siglo, debido a la rotura del aislamiento intelectual de las naciones europeas, y que hacen que la ciencia adquiriera un carácter cada vez más internacional.²⁵ El siglo que se ha dejado atrás, es el más innovador de los habidos hasta él, no sólo por acumular en su haber una enorme cantidad de descubrimientos científicos, sino por la intensa y profunda transformación de la vida que la técnica, derivada de ellos, produjo, y cuya consecuencia más definitiva fue la revolución industrial con sus profundas e irreversibles repercusiones en la organización social. Si Weber resumió este siglo como "una ilimitada revolución: en la ciencia, en la técnica, en un desarrollo capitalista, en el aumento de la población humana, en el creci-

20 O. c. p. 11.

21 ¿Está relacionada esta idea de Russell con Nietzsche?

22 *Autobiografía 1872-1914*, p. 296.

23 *Culto...*, p. 10.

24 "Porque –dice Russell– concebir el Universo como esencialmente progresivo o degenerativo, por ejemplo, es darle una importancia cósmica a nuestras esperanzas y temores que puede, naturalmente estar justificada, pero a la que hasta ahora no tenemos motivos para suponer que lo esté. Mientras no hayamos aprendido a pensar en el universo en términos neutros éticamente, no habremos llegado a una actitud científica en filosofía, y, mientras no lleguemos a esa actitud, es difícil esperar que la filosofía consiga algún resultado sólido". (B. Russell: "El lugar de la ciencia en una educación liberal", en *Misticismo y Lógica*, p. 61.) quizás su idea sobre la concepción del Universo la expresa, Russell, más concisa y claramente en "El Impacto de la Ciencia en la Sociedad", Madrid 1961, Aguilar, p.107. 108: "Nos encontramos en un Universo de determinada clase, y descubrimos qué clase de Universo es por medio de la observación, no por la autoafirmación...[...]. Olvidar que estamos constreñidos por hechos que son en su mayor parte independientes de nuestros deseos es una forma de insana megalomanía. Esta clase de locura ha crecido como resultado del triunfo de la técnica científica".

25 C.W. Dampier: *Historia de la Ciencia*, Madrid-México-Buenos Aires, Ed. Aguilar, p. 415.

miento de las necesidades, en la apertura de nuevos ámbitos para la actividad del hombre”,²⁶ esta revolución no pudo darse sin un cambio radical de las creencias milenarias que hasta entonces había sustentado el hombre occidental sobre la concepción del Universo, sobre la religión, las formas de organización política, los modos de producción y sus correspondientes relaciones económicas, etc. Las novedades en este campo venían ahora avaladas científicamente y su difusión pudo ser mayor que la de cualquier cambio sucedido en épocas anteriores. Fue, precisamente, en el ámbito de las creencias donde tomaron cuerpo *dos ideas*: la idea darwinista de la evolución, y la respuesta a la pregunta sobre el origen del universo, cuya influencia fue decisiva para el problema que nos ocupa. Ambas se impusieron a las creencias religiosas aceptadas secularmente y proporcionaron una nueva percepción científica del Universo y de la relación del hombre con él.

Las repercusiones de este cambio no tardaron en dejarse sentir en la segunda mitad de la centuria. La aceptación del principio de la evolución tuvo por efecto “echar abajo la creencia popular de los actos determinados de creación para cada especie...”.²⁷ Y, además de resucitar el viejo conflicto de la ciencia con la ortodoxia cristiana en lo que atañe a la creación, planteaba cuestiones más profundas, por ejemplo: “El argumento de la finalidad, una de las pruebas clásicas de la existencia de Dios, quedaba relegado al admitir [la teoría] evolucionista que las cosas están adaptadas las unas a las otras..., pero sin descubrir ninguna intención en ello, sino inevitabilidad, porque la selección natural destruye todo lo que deja de adaptarse con ese grado mínimo de perfección”.²⁸ Así que el argumento sobre la finalidad –que había sido trasladado de Aristóteles al Cristianismo– se sustituyó, en la sensibilidad del hombre de finales del siglo XIX, por el sentimiento de inevitabilidad en el proceso de formación del mundo y de la vida; y, seguramente, se impuso independientemente de la adhesión incondicional o no a la filosofía de la evolución. Russell, que rechazaba esta filosofía, se sumaba a la opinión que subrayaba su importancia en el aspecto comentado: “[esta teoría evolucionista] convenció al mundo de que la diferencia entre distintas especies de animales y plantas no es tan fija e inmutable como parece. La doctrina de los tipos naturales, que había hecho sencilla y clara la clasificación que encerraba la tradición aristotélica y protegía su supuesta necesidad de un dogma ortodoxo, fue eliminada para siempre del mundo biológico. Se mostró que la diferencia entre el hombre y los animales inferiores, que a nuestra vanidad humana le parece enorme, era una realización gradual que pasaba por seres intermedios que no se podían colocar con seguridad dentro o fuera de la familia humana... De esta forma las demarcaciones fijadas antaño se volvieron vacilantes e indistintas, y los contornos claros se hicieron borrosos. Las cosas y las especies perdieron sus límites, y nadie podía precisar dónde empezaban o dónde acababan”.²⁹

Seguramente la mayor contribución de la teoría de la evolución en el terreno que analizamos fue la que apunta Dampier: que “de un modo legítimo y sin exageración ...contribuyó a robustecer el sentimiento de la comprensibilidad de la naturaleza, y proporcionó una nueva confianza a aquellos que basaron su teoría de la vida en un terreno científico”.³⁰

Las nuevas fisiología y psicología adoptaron también el principio de evolución, que “vino a complementar, por el lado biológico, las tendencias de la física, tendencias que señalaban una explicación completa del mundo inorgánico en función de una materia eterna e inmutable, y de una fuen-

26 A. Weber: *Historia de la Cultura*, Madrid-México-Buenos Aires 1960, Ed. F.C.E., p. 314.

27 W.C.Dampier: *Historia de la Ciencia*, Madrid-Méjico, Aguilar, 1950, p. 450.

28 L.W.H. Hull: *Historia y Filosofía de la Ciencia*, Barcelona, Ariel, 1961, (trad. Manuel Sacristán), p. 360.

29 “Misticismo y Lógica”, en *Misticismo y Lógica*, p. 41.

30 W.C.Dampier: *Historia de la Ciencia*, p.450.

te de energía limitada y estrictamente constante".³¹ Y así se aplicó a los seres vivos los principios de conservación de la materia y energía; y con ello se llegó "a la creencia exagerada de que todas las actividades de orden físico, biológico y psicológico de los organismos existentes, también del hombre, podrían ser explicados como modalidades del movimiento de las moléculas y manifestaciones de la energía mecánica o química".³²

La segunda de las ideas señaladas se refiere a la hipótesis sobre la formación del Universo –vigente en el XIX, aunque formulada por Kant– Laplace³³ en el XVIII, según la cual, la formación del sistema solar se origina a partir de una nebulosa que se enfría paulatinamente. La "hipótesis de la nebulosa" resultó muy popular durante el siglo diecinueve, quizás porque era compatible con las concepciones evolutivas generales de la época.³⁴ Tal hipótesis que encerraba, muy en ciernes, las actuales teorías sobre el Universo fue admitida, a pesar de sus grandes deficiencias, por el mundo culto al que se dirigía, el cual "tuvo plena conciencia de que ahí estaba la primera representación cosmogónica de naturaleza propiamente científica".³⁵

Así, pues, la ciencia mostraba un Universo o mundo sin finalidad, impulsado por el principio de la evolución a lo que de inevitable pudiese resultar de él; un mundo en el que no cabía ya explicación religiosa tradicional sobre el significado o sentido de su desarrollo. Russell ajustaba a él su definición del hombre: "el hombre es el producto de causas que no preveían el fin hacia el que se dirigían; cuyo origen, nacimiento, esperanzas y temores, amores y creencias sólo son producto de colocaciones accidentales de átomos".³⁶

El mundo y el puesto del hombre en el mundo, quedaban alterados irremisiblemente³⁷ y, en consecuencia, también la percepción de la existencia humana (su relación con el tiempo pasado y futuro, y la muerte) a cuya soledad radical empujaba si cabe, aún más, la concepción científica. Además, se abría la puerta a la duda de que la filosofía o la religión pudieran humanizar ese universo como lo habían hecho hasta entonces. Y Russell se plegaba empíricamente a su representación: "Sólo en un mundo así, si es que han de hacerlo en algún lado, nuestros ideales deben buscar acomodo de ahora en adelante".³⁸

Así que la revisión crítica de los presupuestos del "problema de la existencia" emprendida por Russell en *A free...*, parte de la aceptación de dos clases de hechos: la aceptación de las verdades científicas que constituyen el límite desde el que se puede pensar, porque "sólo dentro del armazón de estas verdades...³⁹ puede edificarse en adelante la morada del alma con seguridad";⁴⁰ y la aceptación de esa historia salvaje que ha dado de sí el hombre replegado ante el miedo, que sólo es capaz de adorar el nudo poder y la fuerza, cuya rechazo es necesario: "si el poder es malo, como parece, expulsémoslo de nuestros corazones",⁴¹ porque ese servilismo, esa supeditación al poder no pertenece sólo al pasado, sino que se da aún entre nosotros, tanto en quienes "basan su moral en la lucha por la

31 O. c. p. 450.

32 O.c. p. 450-451. Russell expresará esta idea en *Culto...*, p. 10.

33 Laplace, *Exposition du système du monde* (1796); y Kant, *Cosmogonía* (1755).

34 Stephen F. Mason *Historia de las Ciencias, III*, Madrid, 1985, Alianza Edit. p. 43.

35 O. c. p. 43?

36 *Culto...*, p. 10.

37 Y lo estarían mucho más; en 1905 aparecería la *Teoría Restringida de la Relatividad* de Einstein.

38 *Culto...*, p. 10. 11.

39 *Culto...*, p.10.

40 *Culto...*, p. 11.

41 O. c. p. 13.

supervivencia sosteniendo que los supervivientes son necesariamente los mejor dotados",⁴² como en los, que según la postura "típicamente religiosa" siguen pensando que "el mundo de los hechos está en armonía con el mundo de los ideales"; y, también, en aquellos que siguen manteniendo el culto a la fuerza "al que nos han acostumbrado Carlyle, Nietzsche, y el credo del militarismo".⁴³ Mas, la actitud que caracteriza la historia de una civilización no es cosa que cambie de un día para otro, y aunque es cierto que "la moral se hace gradualmente más atrevida y la llamada del mundo ideal empieza a oírse", el posibilista Russell admite, en todo caso, que si hay que seguir ofreciendo un culto y si hay que seguir respetando la fuerza..., entonces respetemos la de quienes rechazan ese "falso reconocimiento de los hechos", que no consigue reconocer que los hechos son frecuentemente malos.⁴⁴

Después de esta rectificación empírica del problema, la perspectiva de su solución era otra: si la concepción científica del Universo invalidaba la identificación de lo bueno con Dios sive Natura, la misma historia mostraba la inviabilidad de la plasmación de los ideales en ella. Y Russell se ve obligado a concluir que "los ideales con los que deseamos y debemos comulgar no se realizan en el reino de lo material".⁴⁵ Y si esta conclusión pareciera precipitar al abismo de un escepticismo radical donde es imposible cualquier ideal, Russell no se deja atrapar en él, y cual ave Fénix inicia a continuación la tarea de configurar el nuevo *ideal posible* para el hombre de su tiempo; su punto de partida es la tragedia de la existencia como resultado de la misma naturaleza humana; el punto de apoyo para superarla: la belleza y el bien; y el *idealismo creativo* fruto de la sabiduría, la única posibilidad de victoria.

Lo que Russell intenta es romper con esa unión (que han propiciado religiones y filosofía) entre el hombre y el Universo, que lleva a un repliegue amedrantado en el que la imaginación inventa una supeditación y un estropicio de la vida para no enfrentarse a la muerte y a su después. Pretende señalar un camino de emancipación del miedo, y alentar al hombre a que emprenda la tarea de creación de belleza y bien - el único muro de contención del destino, esa amenaza de golpe arrasador de la realidad de la vida que la tiñe de impotencia y la hacen sentir como sueño o nada. Quizás la mejor definición de la ética que deseaba para el futuro, la expresó en estas palabras:

"Desearía ofrecer al mundo algo que apenas puede ser llamado ética, en todo caso en la antigua acepción de la palabra...Lo que quiero colocar en el lugar de la ética en el viejo sentido, es el aliento y la oportunidad para todos los impulsos creadores y expansivos...".⁴⁶ Mas, consciente de que el hombre al que se dirigía llevaba aún dentro de sí un salvaje, en el mejor de los casos inconscientemente, dispuesto a saltar afuera al menor descuido, continuaba: "He de hacer todo lo posible para liberar del miedo a los hombres; no solamente de los miedos conscientes, sino también de los viejos terrores primigenios que hemos traído con nosotros desde la espesura de la selva".

Si las cabañas ("Natura sive Deus") en las que el hombre histórico se había guarecido, por renunciar a la lucha se han derrumbado, "¿cómo, en mundo tan ajeno e inhumano, puede una criatura tan débil como el hombre mantener intactas sus aspiraciones?";⁴⁷ ¿Dónde "podrá edificarse en adelante con seguridad la morada del alma"⁴⁸ de ese hombre que se enfrenta ahora al mundo sin sumisión, tiritando de soledad?

42 O. c. p. 12. Russell responde a esta tesis spenceriana: "Respuesta tan repugnante al sentido moral...".

43 Cfr. o. c., p. 12.

44 *Culto...*, p. 12.13.

45 O. c. p. 14.

46 Bertrand Russell: *Nuevas Esperanzas para un mundo en transformación*, México Buenos Aires, Ed. Hermes, p. 19.

47 O. c. p. 11.

"Extraño misterio es que la naturaleza omnipotente pero ciega... haya engendrado por fin un hijo sujeto todavía a su poder pero dotado de vista, con capacidad de discernimiento del bien y del mal, de juzgar todas las obras de su irreflexiva madre. [Pero], a pesar de la muerte, marca y sello del control materno, el hombre *todavía es libre* durante sus breves años para examinar, criticar, saber, y, en su imaginación, crear. Sólo él en el mundo que ha conocido tiene esa *libertad*; y en ello reside su superioridad frente a las fuerzas irresistibles que controlan su vida exterior".⁴⁹

A partir de este "extraño misterio" y apoyado para siempre en su linde,⁵⁰ Russell cuenta con este sintético, pero esencial concepto del hombre, o si se quiere, en un sentido muy genérico, de la naturaleza humana: El hombre está unido por un cordón umbilical, el de "su" naturaleza, con la Naturaleza y, en consecuencia, está sometido a su poder y a la muerte. Mas, sólo él en el mundo conocido tiene capacidad para ver (comprendiendo), capacidad para discernir el bien del mal, para juzgar a su irreflexiva madre, y libertad para examinar, criticar, saber y crear. Este concepto,⁵¹ sobre el que insistió continuamente, puede expresarse, como él lo hizo, con otra forma muy clarificadora: por "su" naturaleza, el hombre es hijo de la Naturaleza, y, en consecuencia, "en la acción y en el deseo debe someterse a la tiranía de las fuerzas exteriores...", porque el deseo nace de su fondo natural, de su naturaleza en suma; y sus acciones pertenecen a ese mundo exterior cuyo dominio se le escapa las más de las veces. Pero el hombre, "en el pensamiento y en la aspiración, es libre".⁵²

48 O. c. p. 11.

49 O. c. p. 11.

50 Constance Malleson deja constancia de la fuerza que en la vida de Russell tenía la vivencia del misterio. De una conversación con él transcribe: "El centro de uno mismo es siempre, eternamente, un dolor terrible —un dolor curiosamente salvaje—, una búsqueda de algo más allá de lo que el mundo contenía, algo transfigurado e infinito: la visión beatífica. No lo encontraba... Quizá no se podía encontrar, pero el amor a esto era la misma vida. Era como un amor apasionado hacia un fantasma..., llenaba todas las pasiones, era el verdadero manantial de la vida. Uno no podía explicarlo o hacer que pareciera algo distinto de la locura.... Había conocido a otros que lo tenían —Joseph Conrad, especialmente... Con frecuencia hacía aparecer lo que la gente tenía por verdades evidentes como cosa muy débil". en "Cincuenta Años: 1916-1966"; *Homenaje a Russell*, pp. 29-30. El mismo Russell se identifica con un breve poema de Leopardi, donde el autor expresa su sentir acerca de lo infinito y lo eterno:

EL INFINITO

Siempre caro me fue este monte yelmo
y este seto que tanta parte excluye
del último horizonte a la mirada.
Mas sentado y mirando, un infinito
espacio tras aquella, un sobrehumano
silencio y una calma profundísima
en mi mente imagino, conque casi
me tiembla el corazón. Oyendo el viento
murmurar en las ramas me descubro
comparando su voz al infinito
silencio, y en lo eterno pienso entonces,
en los tiempos que fueron, y en el nuestro
que ahora vive ruidoso. Y de este modo
en esta inmensidad se hunde mi mente:
y es dulce naufragar en este mar.

51 Este breve pero esencial concepto del hombre, es pieza esencial en la obra de Russell. Lo desarrolla ampliamente en *Principios de Reconstrucción Social*. Tal como se cita aquí está ampliado, en relación también con la filosofía del valor, recogido en "Lo que creo" (1925), *Escritos Básicos I*, Barcelona 1984, Ed. Planeta-Agostini, p. 295.296.

52 *Culto...*, p. 13.

En esto consiste la tragedia de la existencia humana, en estar sometidos por nuestra naturaleza “a las fuerzas irresistibles [del Universo] cuyos titeres parecemos ser –la muerte y la mudanza, la irrevocabilidad del pasado y la impotencia del hombre ante el apresuramiento ciego del Universo–...”⁵³, y simultáneamente ser libres en el pensamiento y la aspiración.

Mas, ¿puede vencer el hombre el destino de su impotencia frente a esas fuerzas irresistibles y ciegas? La respuesta de Russell es afirmativa. Y en esta afirmación no se trata ya de buscar otra vida en “la que el futuro pudiera ser mejor”, ni de poner el destino en las manos poderosas de cualquier Moloch esperando recompensa del sufrimiento sacrificial “soportado con la esperanza de aplacar a los celosos dioses”, sino que ahora se trata de una visión nueva de la tragedia humana o de cualquier tragedia humana visión que se apropie activamente de los elementos mismos que la constituyen (“la muerte y la mudanza, la irrevocabilidad del pasado, la impotencia del hombre ante el apresuramiento ciego del universo de vanidad en vanidad”) mediante un proceso de asimilación de su belleza, porque la tragedia es un arte, y su absorción sólo es posible a través de la de su belleza:⁵⁴

“Entre todas las *artes*, la tragedia es la más orgullosa, la más triunfante, pues edifica su ciudadela en el centro mismo del país enemigo, en la cima de su montaña más alta,⁵⁵ [donde] todo se revela...desde donde todo se ve... dentro de sus muros continua la vida libre, mientras que la muerte, el dolor y la desesperación, y todos los serviles capitanes del tirano destino proporcionan a los vecinos de esta impávida ciudad nuevos espectáculos de belleza”.

La tragedia es la experiencia humana que instala al hombre en el centro mismo del país enemigo (del destino), donde el choque con él en su conciencia, lo eleva a la cima más alta desde la que “todo se ve” y “todo se revela”, mediante “una cualidad” de la misma tragedia: “la de atarnos al mundo a través de los lazos de la tristeza”.⁵⁶ Y, unidos así al mundo, nos liberamos de “toda ansiedad del deseo personal, [de] toda lucha y todo esfuerzo por fines insignificantes, [de] toda preocupación por las pequeñas cosas triviales que, desde un punto de vista superficial, constituyen la vida de todos los días”.⁵⁷ En esa atalaya se siente por primera vez la liberación del ego, del yo finito,⁵⁸ de sus mezquinos intereses que nos separan de todo y de todos; porque esa unión con el mundo nos proporciona el horizonte donde se revela lo que nos une. Por eso, y sólo “para pensamientos no lastrados por el peso de los deseos vehementes”,⁵⁹ se hace posible la libre, liberada contemplación de la belleza del espectáculo del mundo para aquellos que se atreven a mirarla, “esos bravos guerreros que, a lo largo de incontables años de lucha, han conservado para nosotros la herencia inapreciable de la libertad y han mantenido inmaculada...la mansión de los insumisos”.⁶⁰ Mas, si es cierto que esa cualidad se pone de manifiesto en la tragedia, no lo es menos que “está presente siempre y en todas partes en la vida”, recorre todo su pentagrama, *desde* “formas más o menos obvias” *hasta* las más

53 O. c. p. 17.

54 *Culto...*, p. 16.

55 o a la más profunda: “recuérdese, con Sofocles, que echada en medio de la desdicha, el alma ve muy hondo— y para sentimos, en todo momento, hombres: un proverbio oriental asegura que no hay hombre sin dolor, y que si hay uno, ése no es hombre”. C.J.Cela: “Palma cuerpo vivo (Ensayo de planteamiento de un problema)”. *Obras completas (15)*, Barcelona 1990, Ed. Destino, p. 330.

56 Cfr. *Culto...*, p. 16

57 *Culto...*, p. 17..

58 Russell desarrollará en “La Esencia de la Religión” los conceptos del “yo finito” y del “yo infinito”, relacionados directamente con la naturaleza humana y lo que él considera que es la religión.

59 *Culto...*, p. 14.

60 *Culto...*, p.16.

dramáticas: "en el espectáculo de la muerte, en el padecimiento del dolor insoportable, y en la irrevocabilidad de un pasado fenecido, hay algo sagrado, un temor sobrecogedor, una sensación de vastedad, la profundidad, el misterio inagotable de la existencia".⁶¹ Y esa atadura del sufriente con el mundo, le proporciona "unos momentos de lucidez" en los que la vida aparece nuda y en su verdad, donde "toda la soledad de la humanidad entre fuerzas hostiles está concentrada sobre el alma de un individuo, que debe luchar solo, con todo el coraje que pueda reunir, contra el peso de un universo al que no interesan nada sus esperanzas y temores. La victoria, en esta lucha con las fuerzas de las tinieblas, es el verdadero bautismo en el glorioso batallón de los héroes, la verdadera iniciación a la belleza irresistible de la existencia humana. De este terrible encuentro del alma con el mundo exterior nacen el verbo, la sabiduría y la caridad".⁶² Palabra que surge de la inmersión en la belleza más grandiosa y trágica, la sabiduría para vivir desde la verdad más cruda y valerosa, y el amor que le une a su prójimo "por el más estrecho de los vínculos, el de una condena común". Con su nacimiento empieza una vida nueva, la vida del hombre libre.

El punto de apoyo para enfrentarse con el destino es, pues, la belleza de la tragedia del espectáculo del mundo;⁶³ la condición de su apropiación es el desprendimiento de los deseos personales, que en los momentos de lucidez, de su unión con el mundo, proporciona el sentimiento trágico. Mas, en la lucha para vencer la fuerza del tirano destino, es la aspiración del *idealismo creativo* la palanca que "el héroe" necesita para levantar su masa inerte de nada, convirtiéndola en realidad positiva. Porque —y aquí está su programa— "en todos los multiformes hechos del mundo, hasta en la misma omnipotencia de la muerte, la lucidez del idealismo creativo puede encontrar el reflejo de una belleza que sus propios pensamientos crearon primero. De esta forma la mente afirma su dominio sutil sobre las fuerzas irreflexivas de la naturaleza. Cuanto peor es el material al que se enfrenta, mayor es su logro al inducir a la reticente piedra a descubrir sus tesoros ocultos: más orgullosa es su victoria al obligar a las fuerzas adversas a reconocer su triunfo".⁶⁴ Este programa de creación, que consiste en la construcción del templo de culto del hombre libre, sustituye "al viejo ídolo de barro" que adoraba el esclavo, y es el fruto de la sabiduría.

Pero su propósito no está exento de dificultades relacionadas ahora con el ideal personal. Abandonar refugios y consuelo, no poder clamar ni reclamar al poderoso, ni autoafirmarse en la apasionada rebelión prometeica, sabiendo "que los ideales con los que deseamos y debemos comulgar no se realizan en el reino de lo material",⁶⁵ es en suma, abandonar el camino de lo que ha sido una civilización. Hacer nuestra la tarea de los que no se inclinan ante lo inevitable, desafiando con constancia a un universo hostil; mantener su maldad siempre ante los ojos, odiada siempre activamente; no evitar ningún dolor que pueda inventar la malicia del poder,⁶⁶ pasando de una moral de esclavo a la moral del hombre libre cosa que no puede hacerse sin atravesar "la puerta de la desesperación". Por eso advierte Russell "que la entrada al templo de la sabiduría está precedida por una cueva de oscuridad cuya puerta es la desesperación y cuyo suelo está pavimentado de losas de esperanzas

61 *Culto...*, p. 16.

62 *Culto...*, p. 17.

63 En carta a Gilbert Murray (26 de febrero 1901), le decía Russell: "Es, precisamente, en la aflicción donde hay mucho de noble y de bello, y, para aquellos de nosotros que carecemos de religión, es éste el único consuelo del que no puede privarnos el espectáculo del mundo". *Autobiografía 1872-1914*, p. 247.

64 *Culto...*, p.16.

65 *Culto...*, p. 14.

66 *Culto...*, p. 13.

abandonadas”⁶⁷. Mas, vencer la desesperación por la que se entra en esta cueva en tinieblas y recorrerla hasta la puerta misma de la sabiduría (que consiste en la *libertad estoica* o libertad de nuestros pensamientos) requiere un ejercicio de *resignación en el sentido cristiano*, que es la condición misma exigida por la sabiduría: sometimiento de nuestros deseos (“losas de esperanzas abandonadas”).

El ideal personal requiere para su iniciación y su ejercicio la libertad de nuestros pensamientos de un modo constante: “Porque cuando se ve por vez primera la oposición entre hechos e ideal, un espíritu vehemente de fiero odio a los dioses, parece necesario para la afirmación de la libertad”⁶⁸. Mas en esta rebelión prometeica “la indignación es todavía una servidumbre, pues obliga a nuestros pensamientos a ocuparse de un mundo malo; y en la ferocidad del deseo, de la que surge la rebelión, hay una especie de autoafirmación que es necesario que los sabios superen”.⁶⁹ En la indignación se someten nuestros pensamientos, pero no nuestros deseos;⁷⁰ sin embargo, *la libertad estoica* —en que consiste la sabiduría— se encuentra en el sometimiento de nuestros deseos, pero no de nuestros pensamientos; y como la renuncia a nuestros deseos nos llega a todos a lo largo de la vida, es necesaria entonces la virtud de la *resignación*, de la renuncia. Y Russell se acoge al ejercicio conocido de la renuncia cristiana. Porque si bien el Cristianismo al predicar la renuncia lo hace en la creencia, que a veces es falsa, “de que aquello a lo que hay que renunciar es malo, suele ser con todo menos falsa de lo que supone la pasión desbocada; y el credo de la religión, al proporcionar una razón para demostrar que nunca lo es, ha sido el medio de purificar nuestras esperanzas por el descubrimiento de muchas verdades austeras”.⁷¹ Es cierto que a los jóvenes les resulta inverosímil aceptarla —continúa Russell—, pero “con todo, a través de la muerte, la enfermedad, la pobreza o la llamada del deber, debemos aprender todos que el mundo no se hizo para nosotros y que, por hermosas que sean las cosas que anhelamos, el destino puede velármolas. Es cuestión de valor cuando llegue la mala suerte, soportar sin desconsuelo la ruina de nuestras esperanzas, apartar nuestros pensamientos de vanos lamentos”.⁷²

Así que la puerta de la sabiduría consiste concretamente en comenzar “a vivir en un mundo tan amplio que las vejaciones de la vida cotidiana lleguen a parecer triviales y los propósitos que agitan nuestras emociones más profundas adopten algo de la inmensidad de nuestra contemplación cósmica... Esta vida es posible, y hombres auténticamente sabios han demostrado esa posibilidad.”⁷³

Así pues, con el ejercicio del sometimiento de nuestros deseos y resignación ante lo inevitable, el hombre ha renunciado “sabiamente” a la adoración del poder, de cualquier poder (interior o exterior), y entonces, sólo entonces, “se hace por fin posible transformar y remodelar el universo inconsciente, reformarlo en el crisol de la imaginación, de manera que una nueva imagen de oro brillante sustituya al viejo ídolo de barro”,⁷⁴ por medio del *idealismo creativo*.

Si se trataba hasta aquí de someter nuestros deseos, nuestra naturaleza, para independizar nuestros pensamientos de las fuerzas de la Naturaleza, indiferentes a ellos, no cabe ahora sólo la apatía estoica, aspirando a su identificación con un universo que es bueno; no hay lugar para la ataraxia,

67 *Culto...*, p. 15.

68 *Culto...*, p. 13.

69 *Culto...*, p. 13. 14.

70 Cfr. *Culto...*, p. 14.

71 *Culto...*, p. 14.

72 *Culto...*, p. 13. 14.

73 *Escritos Básicos I*, p. 324.

74 *Culto...*, pp. 15-6.

porque en esa remodelación y transmutación de la imaginación ha cristalizado ahora "la nueva imagen de oro brillante". La belleza que encuentra el hombre en la existencia humana, la que él puede crear, y su propio amor al bien desde lo mejor de sí mismo, constituyen los nuevos elementos para construir el templo de su culto, el culto del hombre libre.

Y así, tanto "en todos los multiformes hechos del mundo —en los relieves visuales de los árboles, montañas y nubes, en los acontecimientos de la vida del hombre, hasta en la misma omnipotencia de la muerte..."—,⁷⁵ como en la creación de la imaginación, la música, la arquitectura, el tranquilo dominio de la razón o el dorado ocaso mágico de la lírica,⁷⁶ encontrará prefiguraciones de ese templo o "la visión del cielo del hombre", que tomará forma en su corazón, sirviéndole de "inspiración" para adaptar cualquier cosa que pueda servir de *pedra* al templo de sus ideales, y como *pedra de toque* para juzgar al mundo que nos rodea.⁷⁷

Ahora ya, el hombre solo —desligado de sus servidumbres con la Naturaleza y con "su" naturaleza— únicamente puede adorar su propio amor al bien y respetar el cielo que inspira sus mejores momentos.⁷⁸ No le queda más que conservar su respeto por la verdad, por la belleza, por el ideal de perfección que la vida nos permite alcanzar, aunque ninguna de estas cosas reciba la aprobación del universo inconsciente.⁷⁹ Y en eso precisamente consiste su auténtica libertad, y desde ella, *el culto propio del hombre libre*. Pero crear sólo desde sí mismo, respetar sólo sus mejores momentos, conservar el respeto por la verdad, crear el ideal de perfección posible que la vida le permite alcanzar, eso es cuestión de fe⁸⁰, de "ese poder de la fe que nos capacita para vivir constantemente en la visión del bien y que necesitamos para descender al mundo de los hechos con esta visión delante de nosotros".

Así, pues, la posición del hombre contemporáneo en el mundo, y el culto propio del hombre que quiere ser libre, será "desdeñar los terrores cobardes del esclavo del destino, no dejarse desalentar por la fuerza del azar, salvaguardar su mente de la caprichosa tiranía que rige su vida exterior, desafiando orgullosamente a las fuerzas irresistibles que toleran por un momento su conocimiento y su condena, y sujetar sólo como cansado pero inflexible Atlas el mundo que sus propios ideales han forjado, pese a la marcha arrolladora del poder inconsciente".⁸¹

Si el *hombre histórico* estuvo supeditado a la religión de Moloch, "condenado a adorar el tiempo, el destino y la muerte, porque son mayores que cualquier cosa que pueda encontrar en sí mismo, y porque todos sus pensamientos se dirigen hacia cosas que aquellos devoran",⁸² el *hombre contemporáneo* "puede jugársela al destino; ya no se encuentra desarmado e inerme frente a él: ha llevado "al íntimo santuario del alma" esos mismos pensamientos, y, "grandes como son, los ha engrandeci-

75 *Culto...*, p. 16.

76 Cfr. *Culto...*, p. 15.

77 Cfr. *Culto...*, p. 15. Otra vez, llama la atención, la semejanza de este texto con Platón, en lo relativo a la bajada de los filósofos de la Isla de los Bienaventurados a la caverna. Los filósofos platónicos llevan el conocimiento del Bien cuando descienden. En Russell el hombre lleva "su visión del cielo".

78 Cfr. *Culto...*, p. 13.

79 Cfr. *Culto...*, p. 13. Verdad, Belleza y Bien, la trinidad platónica.

80 Comentando A. Wood esta fe a la que apela Russell dice: "Hasta el final permaneció... fiel a la fe --predicada mucho antes en *A Free...* e intensificada por los horrores que el mundo conociera desde entonces-- de que todo credo de la vida que valiese la pena, debía estar en el reconocimiento de verdades duras y desagradables. Dijo que "el secreto de la felicidad consiste en afrontar el hecho de que el mundo es horrible, horrible, horrible". A. Wood: *Bertrand Russell*, p.317.

81 Cfr. *Culto...*, p. 19.

82 *Culto...*, pp. 17-18.

do, ha sentido su esplendor desapasionado, que es todavía más grande, y ese pensamiento lo hace un hombre libre"... "Sentir esas cosas y saberlas es conquistarlas"⁸³. Desde el idealismo creativo se apropiará de la belleza del mundo y de la vida jugándose al destino; en su aspiración y en su pensamiento, creará belleza y bien. Y así, a todo lo que el destino puede devorar, opondrá y pondrá positivamente la creación ideal, y, en consecuencia, eterna, ante la cual el destino nada puede.

De esta suerte, invierte Russell la relación del hombre con el destino: si el hombre histórico había sido impotente frente a él, el hombre contemporáneo traslada la impotencia al destino mismo, porque "ya no se inclina ante lo inevitable con una sumisión oriental, sino que lo absorbe y lo hace parte de él. Abandonar la lucha por la felicidad privada, expulsar toda ansiedad de deseo temporal, arder con pasión por cosas eternas", eso es emancipación y ése es "el culto [propio] de hombre libre".⁸⁴

Si Russell definió las fuerzas de la vida como amor, instinto de construcción y alegría de vivir,⁸⁵ éstas quedaban emancipadas en ésta su primera victoria por la libertad. Al hombre liberado del destino "le parece que le acompaña una nueva visión, que proyecta sobre todas las tareas cotidianas la luz del amor".⁸⁶ Al instinto de construcción de este hombre se le ofrece un programa ético: el idealismo creativo. la alegría de vivir será la consecuencia de su actitud anterior.

Russell se sitúa con este artículo en una posición que por analogía podríamos llamar "renacentista". Will Durant, estudiando el s.XIX, ve que a su primera mitad, representada por lo que él llama "la generación de los desalentados" (Schopenhauer, Keats, Byron, Musset, Pushkin, Leopardi), suceden "renacimientos por doquier" (V. Hugo, Saint Beuve, Taine, Tennyson, Dickens, Dostoyevski y Tolstoi, Delacroix, Turner, Darwin, Renan, Spencer, etc.). Russell en esta línea, y ya al comienzo del s.XX, representaría con *A. Free...* un renacimiento filosófico más radical y más clásico en el sentido que indica el término: movimiento que se inicia con, y sigue a, descubrimientos científicos relevantes, y en el que se da una basculación a un interés por el hombre, aunque ahora, no en pugna con la concepción religiosa vigente, sino separado de ella. A la luz de este escrito, Russell, más que una rememoración y búsqueda en la Antigüedad, pretende tender un puente desde la orilla del hoy a la del hombre más originariamente antiguo (el de Homero y la Tragedia). Bajo el puente arrambla la historia salvaje de Occidente, desde que se tomaron como indiscutibles las actitudes estoica y cristiana, enarbolando como única bandera la del poder, y dando de sí hombres-Jano reducidos a ser, en su doble faz, esclavos por la obediencia y su adoración al poder, y a la ferocidad más atroz. Coincidiría en su intuición con Nietzsche.

En un salto atrás en la historia, Russell ve al hombre contemporáneo de nuevo solo ante las fuerzas irresistibles e irracionales del Universo, como un Odiseo en su barco o como un héroe trágico que se enfrenta también a su destino. Pero, así como el hombre antiguo sucumbía bajo el peso inexorable del fatum, el hombre contemporáneo representa la superación —por vez primera— de ese destino, al obtener la victoria sobre el mismo, en un punto de inflexión del que puede arrancar otra historia posible.

Este nuevo Odiseo tiene en su haber: *primero*, una visión "que proyecta sobre todas las tareas cotidianas la luz del amor"⁸⁷ por estar unido a su prójimo por el más estrecho de los vínculos, "una

83 *Culto...*, p. 17. 18.

84 *Culto...*, p. 18.

85 Bertrand Russell: *Principios de Reconstrucción Social*, Madrid 1975, Ed. Espasa-Calpe, p. 23.

86 *Culto...*, p. 18.

87 *Culto...*, p. 18.

condena común". *Segundo*; si, en la historia desechada, la determinación del bien había sido exterior al hombre, o identificando lo bueno con lo auténticamente real (Universo), o con Dios —la unidad mística de lo que es y de lo que debería ser—, en la historia por venir, el hombre sólo puede contar con la visión del cielo que inspira la lucidez de sus mejores momentos para descender al mundo de los hechos, al mundo de la acción; y así se ve el nuevo Odiseo engrandecido o reducido a sujetar con fe, "como cansado e inflexible Atlas, el mundo que sus propios ideales⁸⁸ han forjado, pese a la arrolladora marcha del poder inconsciente". *Tercero*; mas Odiseo y su barco, en la marcha "a través del oscuro océano [que es la vida], en cuyas agitadas olas nos sumergimos durante unas breves horas",⁸⁹ está acompañado esta vez por la inmortalidad del pasado, y por un sentimiento que hace eterna, también, la amistad. Del pasado posee todas "las cosas que eran hermosas [y que] brillan como las estrellas en la noche",⁹⁰ que le servirán de orientación y cercioración en su navegar; porque en la apropiación del pasado —de todo lo bello y bueno del pasado, en su interés por él, hay una confirmación que el hombre no puede encontrar en la breve duración de su vida personal...: "si nos interesan las épocas pasadas, su lenta y parcial liberación de la barbarie y la brevedad de su existencia, comparada con épocas astronómicas, crearemos, que en la batalla en la que estamos empeñados, no merece la pena arriesgar un paso atrás hacia la oscuridad de donde hemos salido lentamente".⁹¹

En la amistad se apoderará del sentimiento más profundo de ayuda y compañía que ésta puede proporcionar en su nivel más elevado, es decir, sintiendo de ella que cuando sus amigos "sufrieron, fracasaron, ningún acto nuestro fue causa de ello; pero dondequiera que una chispa del fuego divino prendió en sus corazones, estábamos prestos a animarlos, con simpatía, con valientes palabras en las que brillaba el coraje".⁹²

Frente a la religión de Moloch que exigió saciar servilmente la sed de sangre mediante el culto a la fuerza y al poder, la religión del hombre libre, de ese nuevo Odiseo, se apoyará en una sabiduría, "cuyo resplandor irradia un nuevo conocimiento, una alegría nueva y una nueva ternura para iluminar el corazón del peregrino".⁹³ Su culto consiste en crear y sostener desde ellos el templo de sus propios ideales. Porque "si la vida ha de ser plenamente humana, debe servir a algún fin que parezca, en cierto sentido, fuera de la vida humana, algún fin que sea *impersonal* y esté por encima del género humano, tal como Dios, o la Verdad, o la Belleza. Los que mejor promueven la vida no tienen vida para su propósito. Aspiran más bien a lo que parece como una encarnación gradual, una *introducción en nuestra existencia humana de algo eterno*, algo que se aparece a la imaginación como viviendo en un ciclo remoto de las luchas y los fracasos y las devoradoras jaurías del Tiempo. El contacto con este *mundo eterno*, aunque sea solamente *un mundo de nuestra imaginación*, trae una

88 La definición de "ideales" que da Russell, se encuentra precisamente en la exposición de Platón en su *Historia de la Filosofía Occidental*: "...lo que podemos entender por "ideales". En primer lugar, son deseados por aquellos que creen en ellos; pero no son deseados del mismo modo que un hombre desea las comodidades personales tales como el alimento y la vivienda. Lo que constituye la diferencia entre un "ideal" y un objeto ordinario de deseo es que el primero es impersonal... cabría así definir un "ideal" como algo deseado, no egocéntrico, y tal que la persona que lo desea anhela que todos los demás también lo deseen... De este modo, puedo exigir lo que parece una ética impersonal, aunque de hecho descansa en la base personal de mis propios deseos (porque el deseo sigue siendo mío, aun cuando lo que es deseado no tenga referencia alguna a mí mismo)". Pp. 112-113.

89 *Culto...*, p. 17.

90 *Culto...*, p. 17.

91 B. Russell: *La conquista de la felicidad* (Introducción de José Luis L. Aranguren), Madrid, Espasa Calpe, 1985, p. 207.

92 *Culto...*, pp. 18-19.

93 *Culto...*, p. 15.

fuerza y una paz fundamental que no pueden ser totalmente destruidas por los combates y aparentes derrotas de nuestra vida temporal...". Esta *feliz contemplación de lo eterno* es lo que Spinoza llama el amor intelectual de Dios".⁹⁴

La crítica de Russell, en este artículo, a los presupuestos morales de la historia occidental desde la decadencia de la Antigüedad, con la aparición del Estoicismo y del Cristianismo, afecta a su raíz misma. Ni las morales heterónomas, que buscan su sanción en la Naturaleza o Dios, ni la misma moral autónoma de la Ilustración (basada en el idealismo trascendental), sometida a otra ley, la del "deber ser", convencen a Russell. Todas desembocan o en una ataraxia (estoicismo), o en una ciega obediencia a Dios (cristianismo), o en una supeditación a una ley autónoma, fácilmente confundible con las heterónomas al uso, que dejan al hombre irremediamente apático, obediente, constreñido, replegado, sin la mínima experiencia de lo que puede dar de sí su acción independiente, el uso de sus capacidades, el despliegue de sus posibilidades.

El tipo de hombre y de historia que se ha alentado desde ellas ha probado más que suficientemente su salvajismo, crueldad y patetismo. Russell es el único filósofo que se atrevió a encarar sin miedo la ineficacia de hecho de esas morales, pues "el estudio de la historia desde la construcción de las pirámides hasta el momento actual es desalentador para todo ser humano. Y, aunque en diversas épocas ha habido hombres que vieron lo que era bueno, no lograron alterar el comportamiento humano"⁹⁵. Y Russell, con este diagnóstico, tuvo el valor de dar el golpe de timón necesario para señalar otra vía con que sacar al hombre de ese atolladero.

Con esa fe, a la que aludía para poner en práctica su "idealismo creador, (que tan bien caracterizaba E. From, "Bertrand Russell es un hombre de fe. No de fe en el sentido teológico, sino de fe en el poder de la razón, fe en la capacidad del hombre para crear su propio paraíso a través de sus propios esfuerzos"⁹⁶) se comprometió en darle a la razón otra tarea que la que le asignaron otrora cuando "la inteligencia humana fue usada, no para domar las pasiones, sino para potenciarlas"⁹⁷.

Y de la trinidad –Dios, Verdad, Belleza– que parecía poder dar al hombre "algo eterno, impersonal", algo que "está por encima del género humano", para que la "vida fuera plenamente humana", eligió la Belleza. Russell busca el despegue del hombre contemporáneo en la asimilación de la belleza, quizás le pareció la más empírica de la terna, o quizás con Platón pensaba que era la aliada inseparable del amor el mejor guía de la inteligencia: "la que da alas y ese dulce calor para volar, desplegarse, y lograr la alegría"⁹⁸.

En este despliegue del hombre, impulsado por la Belleza, que es el programa moral de Russell, cualquier ley moral parece recordarle un toque de cornetín y un redoble de tambor; es otro el camino para la moralidad del hombre nuevo; nunca más "el ajustarse o ceñirse a", sino buscar la expansión, ponerse a desarrollar la potencia propia desde una aspiración generosa y una creación ideal sin trabas. Deseaba Russell una ética "que librara a los hombres de la perplejidad moral y del remordimiento, así como de la condenación eterna...", una ética que dejara atrás definitivamente impotencias y encogimientos, remordimientos y terrores, que a la postre son los leños que alimentan la hoguera de la crueldad y la infelicidad humanas.

Qué resultados pueda dar esa historia posible con este nuevo tipo de hombre, es algo que está

94 *P.R.S.*, p. 201.

95 *Sociedad humana: Ética y Política*, p. 163.

96 *Homenaje a Russell*, p. 108.

97 *Sociedad Humana...*, p. 162.

98 Cfr. Platón: *Diálogos*, México 1975, Ed. Porrúa, p. 640. 641.

por ver... Y hoy, casi un siglo después de que Russell alentara ese cambio radical en el modo de estar en el mundo, si nuestra mente hubiera vencido la inercia de una concepción local del tiempo y estuviera más acorde con el tiempo cósmico, no habría lugar para la desesperanza en el futuro.

Russell, con *A Free Man's Worship* cruzó definitivamente la línea de las creencias que rechazaría para siempre, a saber: el ideal estoico-cristiano y el idealismo filosófico en cualquiera de sus formas; y señaló aquéllas con las que contaría en adelante: un *topos nuevo* para el hombre del siglo XX, en el Universo aceptado por la ciencia; un concepto nuevo de *naturaleza humana* —aún en ciernes en este escrito—, naturaleza que fija los límites de su determinismo (acción y deseos) así como su libertad (pensamiento y aspiración). Y una *nueva ética*, basada en el idealismo creador, en la que se desarrollará la potencia y expansión de la creación humana frente al encogimiento del miedo.

Y, por último, deja claro en este escrito su propósito de recuperar, de la religión y la filosofía, los conceptos que sirvieron y sirven al instinto religioso más serio: el amor, la resignación, verbo, sabiduría y caridad.

Quizás la deuda con Spinoza, en lo que se refiere a la reflexión sobre la existencia humana de *A. Free...*, la expresa Russell más claramente que en ningún otro lugar en este texto: "Hace mucho tiempo que Spinoza escribió acerca de la esclavitud y la libertad humanas; su estilo le hace poco asequible a quien no esté versado en filosofía, pero lo que quiero decir no difiere mucho de lo que él dijo.

Quien haya comprendido, aunque sea temporal y pasajera, lo que constituye la grandeza del alma, no puede ser feliz preocupándose egoístamente por cosas triviales y temeroso de lo que el destino le reserve. El hombre capaz de esta grandeza de alma tendrá abierta las ventanas de su mente, para airearlas, a los vientos más apartados del universo. Se contemplará a sí mismo, al mundo, y a la vida, con toda la verdad que las limitaciones humanas le permitan: comprendiendo la brevedad e insignificancia de la vida humana, entenderá asimismo que en el cerebro del hombre se concentra todo lo que encierra el mundo de valioso. Y verá que el hombre, cuyo cerebro refleja el mundo, es, en cierto modo, tan grande como el mundo. Al emanciparse de los miedos que agobian al esclavo de las circunstancias, experimentará una profunda alegría, y a través de todas las vicisitudes de su vida exterior, será *profundamente feliz interiormente*'⁹⁹.

(Octubre 1995)

99 B. Russell: *La Conquista de la Felicidad* (Introducción J.L. López Aranguren), Madrid 1985, Ed. Espasa-Calpe, p. 208. 209.